

LA UNIÓN

Partieron al alba. Cabalgaban con paso firme atentos a cualquier contratiempo. Roger era consciente de que su futuro matrimonio no era del agrado de todos los miembros del condado, ya que se mezclaban dos señoríos rivales desde tiempos inmemorables. Sin embargo su visión era la contrapuesta, esta unión era una alianza que en un futuro no muy lejano podría resultar beneficiosa para todos. En él no asomaba ningún atisbo de duda, además se sentía firmemente enamorado.

La había visto unos cuantos meses atrás durante un paseo por sus viñedos, contemplaba con gran satisfacción la calidad de la magnífica cosecha que ese año habían logrado, obtendrían sin lugar a dudas los mejores vinos de la comarca. Rompió sus pensamientos un profundo relinchar de caballos. Miró al horizonte y la vio galopar con su hermoso corcel blanco persiguiendo a otro equino que se había desbocado. Desde el primer instante la belleza de Constance lo cautivó, la atracción fue mutua y comenzaron sus encuentros en aquel bucólico lugar de forma furtiva pues, concedores de su linaje, eran conscientes de la antigua rivalidad que había entre sus familias. Las cosas no parecían que fueran a mejorar, tuvieron que enfrentarse a grandes dificultades pero su firmeza ante las adversidades lograron finalmente que sus ascendentes aceptaran esta unión.

Llevaban recorrido la mitad del camino cuando cayeron en una emboscada. De entre las ramas de los viejos olivos surgieron como en bandada una docena de bandoleros. Pronto entendieron que no se trataba de rebeldes contrarios a los esponsales, sino de unos asaltantes que tenían aterrorizados a los lugareños ya que acorralaban a cualquiera que por allí pasara, acechando a sus presas como alimañas para matar y después robarles sin ninguna clemencia. Pero en esta ocasión la comitiva estaba preparada, eran hombres instruidos en armas, asieron con firmeza sus espadas y lucharon con bravura, debían proteger con su vida a su señor así como a los valiosos presentes que portaban. En breves instantes se desató una cruenta batalla: choques de mandobles, ruidos de metal, borbollones de sangre que brotaban y salpicaban en derredor... después de interminables sangrientos minutos la lucha terminó sesgando la vida de aquellos insensatos que habían osado interrumpirles el paso. Fue como un último y lastimoso obstáculo que Roger hubo de vencer antes de poder conseguir su felicidad.

Reanudaron raudos su viaje, con la luz del crepúsculo cruzaron las murallas de la ciudad. Los ciudadanos, expectantes, dejaban momentáneamente sus tareas para observar al que pronto se convertiría en su nuevo señor. Su fortaleza física, su melena oscura al viento y sus brillantes ojos negros no dejaban indiferente a ninguna mujer, causando a su vez admiración entre los hombres.

Les esperaban en el castillo, habían elaborado una succulenta cena para celebrar la unión. A las exquisitas viandas preparadas, ellos aportarían los mejores caldos de su última cosecha. Los comensales estaban ya posicionados en sus respectivos asientos cuando ella apareció de entre los cortinajes que formaban la entrada del salón. Todos enmudecieron, su serena belleza los dejó boquiabiertos. Vestía un vestido blanco de seda, sus hermosos ojos azul violeta irradiaban felicidad; sus pómulos colorados y sus labios rojos y voluminosos realzaban en su pálida tez; su abundante cabello rubio le confería un aspecto angelical, no obstante, era valiente y decidida y transmitía gran seguridad a sus súbditos.

Roger y Constance cruzaron sus miradas y en sus caras se esbozó una gran sonrisa muestra del gran júbilo que sentían por el reencuentro. Se ofreció una breve pero idílica ceremonia y posteriormente comenzó la celebración donde no fueron pocas las ocasiones en que se alzaron las manos brindando con cava por los nuevos esposos. Se sucedieron los bailes y bien entrada la noche los festejos continuaban para algunos invitados que se habían acomodado bebiendo los excelentes vinos que se habían servido.

Subieron a la alcoba con una botella del mejor vino que él había reservado para la ocasión. Sirvió dos copas mientras ella se desnudaba, le acercó el recipiente a la boca, trató de probar de sus manos un pequeño sorbo pero parte se derramó entre sus labios resbalando por su cuello hasta introducirse por su escote aún cubierto con su ropa interior. Él, presto, posó su cara entre los turgentes pechos y lamió el vino que se había derramado, su sabor, al contacto con la piel de ella, era si cabe más intenso. La lengua fue siguiendo el camino inverso al recorrido por el vino hasta llegar al punto de inicio, sus apetecibles labios. Se fundieron en un apasionado beso sellando de este modo su unión, al fin podían comenzar una vida juntos.